



Luis Alberto Sánchez

ZODIACO DE ESPADONES

I.—CUBA Y UNIVERSO

NO interesa ya al viajero color de cielo o adustez de mar. Ni esperanza ni saudade. Epoca signada por trágicos espadones, cada rostro oculta un propagandista, un exilado o un reaccionario. América se puebla de los dos primeros. Y, al revés de etapas románticas, mientras el propagandista se empenacha, el exilado procura pasar inadvertido, en su terca tarea irreductible.

Desde la borda, todavía diviso las torrecillas de La Habana. La cúpula del Capitolio yergue su insolencia sobre el erizamiento de rascacielos enmudecidos. Edificios de nueve y diez pisos, la fuga del dólar los clausuró. Excesivo entrenamiento que ameniza a los atletas vehementes. . . También se columbran las nerviosas máquinas—autos Ford, de alquiler—correr por el anchuroso Malecón, rumbo a El Vedado. El Prado es todavía una mancha verde erizada de mástiles. Parece como que fuera a emprender mi cotidiano viaje al Lyceum, a disertar sobre tópicos indoamericanos.

Ciudad abierta, La Habana resulta, en el trópico, lo característico. El acoger sencillo de sus habitantes,

el tuteo facilísimo, el diminutivo y flamenco tratamiento de chico o el confianzado de «compadre», todo ello revela ingenuidad, malgrado el continuo contacto con Europa. En La Habana no existe ningún prejuicio nacional contra países vecinos, aun cuando nadie discute—el profesor Ortiz lo enuncia perentoriamente, y lo vocea Roig de Leuchsenring y toda la muchachada cubana—la responsabilidad yanqui en la crisis de la Isla. Los Estados Unidos no han podido aniquilar la índole criolla e indígena de los cubanos. Tampoco el español hiperbolizó su sentido apreciativo. Con una psicología curiosa, el habanero evoca a España aunque no pierde un profundo carácter saxoamericano. Alegría y galantería hispanas se mezclan al utilitarismo yanqui. No puede ser avaro ni restringido, porque todo en ella es amplitud. Calles muy anchas, muchas plazas, muchos jardines, muchas rotondas de cafés propicios. Rotondas frescas, abiertas al sol; Malecón, ánimo de turista, avidez de sol. Café, hoteles, teatros, cafés, cafés, cafés. Música en la calle. Cantores que ofrecen su melodía lánguida en los restaurantes, y, luego, pasan el sombrero: «mester de jonglería». Bullicio perenne de las «maracas» inquietantes, guitarreo firme, jipios afrocubanos mezclados a canciones españolas y a uno que otro jazz. Pocas canciones yanquis. Casi todo, español o afrocubano. Y no sólo en «Las Fritas», sino en cabarets y teatros. Fervor por Moisés Simón, el autor de «El Manicero»; simpatía por Rita Montaner, la intérprete de la canción cubana en Yaguilandia y demás; popularidad de Ernesto Lecuona, romántico musicante lleno de dulzura. Escasos tangos—ay Perú tanguista—, poquísimos jazzes—ay Panamá—, casi todo son, danzón, rumba. Rumba, sí: los yanquis llegan a Cuba y piden *rrrrrumba*, con muchas erres. Y rumba es sensualidad, y color, y política, hecha no ya de afición a los candidatos, sino a base de feroces pasiones afrocubanas.

La política obsesiona a Cuba: rijosa política exterminadora. Los hombres se alínean por necesidades y, más, por pasiones. Política sañuda que absorbe, y determina. Política hoy de conspiración y atentado, de carcelería y condena a muerte. La Habana tiene hoy, un aire conspirativo, inquietante. Y junto a lo conspirativo, multiplicidad de librerías. CAFÉ, LIBRERÍA, CONSPIRACIÓN: nada más habría pedido Avineta, el personaje barojiano, o cualquier español escapado a Galdós o a Danvilla. Tres incitaciones al clásico mentidero, Aire conspirativo; CAFÉ, LIBRERÍA. Librerías típicas como las peluquerías españolas y cubanas, en donde Fígaros de chuletas bolivarianas nos preguntan: «¿quiere usted el peinado a lo Amadeo o a lo parisiense?», sorprendiendo nuestra ignorancia capilar. MUCHAS PELUQUERÍAS, muchas librerías, muchos cafés. Los libreros son doctos en cuestiones de cultura nacional y extranjera. Quién no ame los libros, puede, sin embargo, acercarse a una librería de La Habana. Ahí le informarán *gratis et amore*—Fermín García de «La Minerva», Alberto Sánchez Veloso de «La Moderna Poesía»—de cuanto ocurre en el mundo de los hechos e ideas, siempre que los libros lo hayan consignado. Y la librería revela, en cualquier ciudad, su *quantum* de inquietud espiritual. El café significa remanso, afán discutidor, cierta molicie y abolengo hispanomoruno. La peluquería acuciosa, con Fígaros arrancados a Rossini, acusa donjuanismo, pulcritud. (Nunca hubo mayor propensión a la galatería en Francia, que cuando más abundantes fueron los peinados; España, para parir a Don Juan, requirió cabelleras longas y bigotillos y perillas untadísimas: CABELLO Y DONJUANISMO: he aquí un esguince para cualquier ensayo, marañoniano u orteguesco). Pues, del café nace el *choteo*, el típico choteo cubano, glosado por Jorge Mañach; de la peluquería, *el piropo*, espuma de callejera galantería; de la librería, el *liris-*

mo político, preocupado en solucionar el problema cubano de acuerdo con recetas extranjerizantes. ¿Y la realidad? ¿Cuándo fueron realistas los españoles desde que perdieron el poderío que era la adecuación de la realidad a su jactancia, pero no la de ellos a la realidad?

¿Y los Estados Unidos? ¿Qué ha ocurrido con la Enmienda Platt? Los Estados Unidos han intervenido cuántas veces se les antojó en Cuba, llamados por algunos *specimen* de despatriados, como Estrada Palma, pero a pesar de ello, su influencia es netamente económica y no han determinado un módulo espiritual, como en el Perú, en Centro América, en donde hay apariencias yanquis hasta en gentes que los combaten. España plasmó a Cuba, y sigue ejerciendo sobre ella la perceptible, mas no política presión de sus inmigrantes. No en vano fué la última colonia española—y contra su influencia es absurdo el biologismo de Lamar Schweyer, de cuyas teorías me he de ocupar extensamente alguna vez—y no en vano, los inmigrantes españoles constituyen centros millonarios, con edificios magníficos. Los Estados Unidos influyeron en el gobierno, en las clases dirigentes cubanas (interesándolas en sus empresas) pero no en el pueblo. Es decir, sí: han determinado siempre un acercamiento al utilitarismo, única faz de su estupenda armazón que nos muestran los yanquis. El utilitarismo ha dado a la política cubana un tinte que no es utilitario sino usurario, y su beligerancia en las clases dirigentes ha creado la desconfianza del pueblo en ellas. El espíritu cubano se descompone en factores contradictorios, desconfianza y utilitarismo; ímpetu, arrojo e individualismo; superstición y sensualidad: yanqui, español y africano. El indígena pone su resignación, su adustez, su laboriosidad y su decorativismo, similar al negro.

¿Y el negro? Dejémoslo para otra vez. Por ahora, mejor es completar el esbozo de esta enumeración de

tópicos. Cuba, con su enorme tradición española, mira a Europa como ningún otro país americano. De ahí, que, atravesando como atraviesa la tardía etapa de los caudillos de la independencia—condenados próceres, tan caros e inútiles—resulta distinta a la otra América. Desdeñar a los latinos ha sido su error. Porque no importa que Jack Johnson escogiera para acostarse en el ring, las lonas de La Habana: más interesante es la ley Fordney y su afirmación de 1929, decretando la ruina de Cuba, No importa que Gabrielowitch y Stokowsky, los magos de Detroit y Filadelfia visitaran la ciudad de la «mulata Trinidad» ni que Chocolate gane su cetro en New York, ni que Izzy Scahr vaya a Cuba en busca de rivales; ni que Capablanca gane lauros afuera, ni que «El Manicero» y «Siboney», «Ojos Verdes», «María la O» y «Capullito de Alelí» hayan partido ya a la conquista del mundo. Ni que Marañón, Américo Castro, García Lorca otean la realidad cubana. Y Waldo Frank la observe con muy otro gesto el de ese piratesco Paul Morand. Nada de eso, importa. Lo cierto es que, por el mismo contacto con el mundo europeo, el cubano se ha vuelto, dentro de su españolismo y su criollismo auténticos, demasiado choteador y extramericano. Y ahí su tremendo yerro como el yerro panameño. Desvincularse de una tradición propia, aunque no superior como la Europea, lo echa inerme en manos de los saboteadores del azúcar cubano y dueños de las tres cuartas partes de los ingenios y las tierras y el tabaco de la Isla, de «Cubita bella». Y aunque el Capitolio erigido por Machado sea igual al de Washington, no es bueno olvidar que Siboney—nombre genuino, tradición imperecedera de Cuba—Siboney es nombre aborigen y Siboney es dulce, capitoso, sensual; siboney es sonido lujurioso, mórbido, como una rumba, insinuante como un són; siboney es nombre frutal, FRUTAL, sí, Y aunque la historia, diga que así se llamó una tribu, yo me imagino

que tras ese nombre se esconde una pulpa rica, encendida, olorosa, sabrosa y carnosa, como SIBONEY, como ese mamey maravilloso que resume en su carne y su tentación, la tentación y la carne de las mulatas de La Habana. Nuestra eres, pues, Isla de maravillas y experimento doloroso del imperialismo avasallador; nuestra eres, indoamericana como nosotros; nuestros sois, pues, aunque *maracas*, castañuelas, guitarreos y ukeleles se opongán, nuestros sois, mulatos resentidos y mulatas engréidas que detonan en las calles habaneras, doradas de sol, de inquietud, de miseria y de protesta, de inconformidad y de lujuria.